



JESÚS
MAESO de la TORRE

EN UNA
TIERRA
LIBRE



En la convulsa España de principios del siglo XIX, mientras el pueblo sale a las calles para reclamar una constitución libre e igualitaria, las intrigas de los poderosos siguen marcando la vida de quienes osan cruzarse en el camino de sus eternas ambiciones.

1808. El que antaño fue un imperio donde nunca se ponía el sol se enfrenta ahora a un rápido ocaso. El rey Carlos IV, aconsejado por su valido Godoy, asiste impotente a las corrientes de pensamiento que surcan Europa, a la pérdida inexorable de las colonias y a las exigencias de un pueblo que pide a gritos unas leyes justas y una monarquía firme ante la amenaza de las tropas napoleónicas. Cuando esos mismos ciudadanos se amotinan a las puertas de palacio, espoleados por el propio hijo del rey, Carlos IV y sus seguidores no tienen más remedio que escapar dejando tras de sí un tesoro de inmenso valor: las joyas de la Corona española.

Cuatro años más tarde, en la luminosa Cádiz, cuna del liberalismo y testigo de excepción de la nueva constitución, el joven naviero Germán Galiana, liberal declarado, disfruta de las ardientes caricias de Soledad, la mejor bailaora de los tablaos flamencos. Nada parece amenazar su bienestar hasta que en su camino se cruza Inés de Muriel, una altiva y hermosa heredera por la que Germán perderá la razón y la libertad. Obligado a huir tras un duelo por su dama y por el acoso de la Inquisición debido a un oscuro secreto de su familia, el joven gaditano caerá sin saberlo en el centro de una peligrosa conjura relacionada con esas joyas perdidas de la realeza española que se han convertido en el objetivo de toda una red de masones, espías y mercenarios sin escrúpulos. Pues incluso en esos años herederos del Siglo de las Luces había pecados, co-

mo la codicia, que pervivían agazapados en los rincones más oscuros del corazón.

De la mano de un maestro de la novela histórica y en decidido homenaje al bicentenario de la proclamación de la constitución de 1812, *En una tierra libre* nos sumerge en los claroscuros de unos años decisivos para nuestra historia, unos años de ilusiones rotas y victorias amargas que marcaron el principio del fin de un imperio que no conoció fronteras.

PRIMERA PARTE

TIEMPOS DE CODICIA (1808)

El Perfume de las Princesas

Palacio Real, Madrid, marzo de 1808

La misión que le habían ordenado transcurría con pasmosa lentitud. Pero no importaba. Tenía toda la noche para ejecutarla.

El capitán Figueroa irguió la cabeza como si olfateara algún peligro. Hinchó las fosas nasales y ascendió cautelosamente por las escaleras desiertas del Palacio Real. Su certeza de cumplirla era rotunda; sus movimientos reflejaban seguridad y la expresión de su rostro revelaba una confianza total.

Pero de repente detrás de él sonaron los gritos de los amotinados, los partidarios del príncipe Fernando, que habían tomado Madrid, y se sobresaltó como agujoneado por un alacrán. Las voces provenían de fuera del palacio. No los esperaba allí, y mucho menos pisándole los talones. Recorrió con sus pupilas dilatadas el gigantesco escenario de piedra blanca, las cristaleras, los salones y las galerías, recelando de presencias intrusas que pudieran dar al traste con su secreto encargo.

Predispuesto a la alarma, escuchó de nuevo una voz atronadora; esta vez procedía del Patio de Armas. El pulso se le paralizó. Aspiró el aire sedoso del Real Sitio, esa mezcla balsámica de alhucema, caoba, azahar y áloe volatilizados que impregnaba las cortinas, los muebles y los tapices del palacio, e intentó tranquilizarse. Aguzó el oído y se serenó al descubrir que en el interior de la residencia real, tal como había previsto, no había nadie más que él.

La custodiaba una dotación de la Guardia Valona, pero estaba apostada en la calle Nueva^[1] para impedir cualquier asalto o expolio de la chusma partidaria del príncipe Fernando. Por exigencia de su superior, el duque de Alcudia, Príncipe de la Paz y Generalísimo de los Reales Ejércitos, don Manuel Godoy, el valido real recién defenestrado, el capitán Figueroa debía ejecutar el servicio más delicado de su trayectoria militar: recuperar las dos joyas más valiosas de la Corona y reemplazarlas por otras falsas. Y no era tarea fácil. Luego debía escabullirse sin ser visto y encontrarse con el contacto del duque —una dama francesa, al parecer—, en un reservado de la Fonda y Mesón de Venecia, en el paseo del Prado, y entregárselas.

Albergaba la esperanza de poder desempeñar su cometido sin contratiempos, pues el día había sido insufrible y estaba cansado y tenso. Aún no se había tropezado con nadie, pero los recientes motines de Aranjuez lo mantenían intranquilo y el corazón se le había encogido con los gritos. El tiempo se comprimía. Debía calmarse y seguir adelante. Era un soldado y no podía abandonar. No tenía otra opción.

«¡Viva el príncipe don Fernando!», oyó. «¡Muera Godoy!».

Al escuchar una retahíla de calificativos degradantes dirigidos hacia su superior, vaciló un instante, pero acto seguido, exhibiendo una serenidad imperturbable, subió los últimos peldaños de la escalinata y se encaminó hacia el ala oeste. Se tenía por un hombre de recursos, y estaba cargado de razones para pensar que realizaría con éxito la tarea que tenía entre manos. Viró hacia la izquierda y alcanzó la puerta de la Sala Amarilla, la predilecta de la reina María Luisa, que enlazaba con las habitaciones privadas de los reyes, ahora enclaustrados en Aranjuez.

Sus perspicaces pupilas atendían a cualquier aparición inoportuna, pero únicamente oía el tictac de los relojes. El rey Carlos IV, cual un Cronos terrenal, había llegado a co-

leccionar hasta cuatrocientos, como si quisiera controlar todos los instantes de su tediosa existencia.

Introdujo el llavín con determinación, giró el pomo de la puerta lentamente y penetró en la silenciosa cámara decorada con tapicerías amarillas. Las cortinas se estremecían mansamente, movidas por una brisa inaudible. La lámpara de cristal que pendía del techo, imitando la cascada de una fuente, estaba apagada, pero las llamas de los candelabros del escritorio parpadeaban.

¿Resultaría suficiente su exigua luz para realizar su cometido de inexperto relojero? Impaciente, fijó las pupilas en los jarrones de porcelana del Buen Retiro, mudos fantasmas de fulgor efímero, luego en el fastuoso escritorio forjado por el ebanista Forestier, y finalmente en su objetivo: el velador que embellecía el centro geométrico de la saleta. Durante unos instantes clavó su mirada en la fastuosa mesita central. Asió uno de los flameros y se dirigió hacia ella con cautela.

El silencio solo era interrumpido por el punteo del reloj situado encima de la mesa. Para quien no frecuentara aquellas dependencias, ese mueble aparentaba carecer de interés. Pero no se trataba de una simple consola de adorno en madera de cerezo. Sostenida por tres patas de jade verde que representaban quimeras egipcias, encerraba en su interior un espectacular tesoro. Al contemplarla de cerca observó que su tablero sostenía la artística estructura de un reloj de seis manecillas que indicaban no solo las horas y los minutos, sino también los días del mes, las semanas, los ciclos lunares y los símbolos del zodiaco. Fundido en bronce dorado, poseía una autonomía de una semana; dos celosías laterales permitían la salida del sonido. Su sofisticada técnica y sus inverosímiles mecanismos, diseñados por Jean Démosthene Dugourc, el relojero del malogrado rey francés Luis XVI, constituían el capricho del viejo soberano y la admiración de la corte.

Figueroa se concentró en materializar en su mente todo lo que aquel ingenio horario podía contener. Procuraría comportarse como una hormiga avanzando sobre algodones; su actuación debía ser rápida y calculada. Según las instrucciones, previamente anotadas, paralizaría primero el volante y la espiral del artilugio y neutralizaría inmediatamente después los péndulos de varillas de la máquina. Luego, si llegaba a conseguirlo, acometería lo más exigente de la misión. Acercó la lámpara a la mesita y se secó el sudor de la frente. No sería fácil anular la tirantez del muelle espiral que regía los sutiles engranajes interiores. Oculto a la vista se hallaba firmemente enrollado y tirante en el sentido de giro de las flechas horarias.

Pero Aníbal Figueroa era un hombre impasible y metódico, y tanteó una y otra vez para aflojarlo con el tacto de los dedos. Se proponía detener las ruedas, los piñones y los dientes del autómeta. Solo así tendría a su merced los calibres que marcaban los tiempos y los discos rotativos lunares y del zodiaco, lo que le permitiría disponerlos, sin dilación alguna, según los precisos datos escritos en un papel que guardaba en el bolsillo de la levita. Lo sacó y leyó la enigmática clave que abriría el mueble:

Seis de julio, martes, seis de la mañana. Año 1782. Cuarto creciente. Signo zodiacal: Cáncer.

El isócrono compás del reloj y el crepitar de las velas le percutían en las sienas mientras intentaba desactivarlo. Le costaba lo indecible conseguir su propósito. Nervioso, resopló por la inesperada dificultad. El péndulo horario oscilaba en el aire con un tictac opresivo e irritante. Con la respiración contenida, accionó una y otra vez el dispositivo de la espira, hasta dañarse los dedos. El muelle no cedía y el reloj seguía su enervante ritmo. No podía dañarlo, pues debía dejarlo como lo había encontrado para no levantar suspicacias. La operación se complicaba.

–¡Maldita sea! –masculló entre dientes.

Jadeó rítmicamente y la sombra de su peluca empolvada, agrandada por el bilioso haz de las velas, se proyectó pavorosa en uno de los tapices. De repente se oyó un sonido silbante, como si la serpentina de metal se hubiera liberado finalmente de su presión.

El tren de sonería y el tictac se paralizaron al unísono.

Se había hecho el silencio en la sala. Figueroa aproximó el papel a la menguada luz y memorizó otra vez las fechas en él escritas: día de la semana, martes; hora, seis de la mañana; mes, julio; año de 1782; huso lunar, cuarto creciente; y signo zodiacal, Cáncer.

Se trataba de los datos astrológicos del nacimiento de la infanta Luisetta, la hija predilecta del rey Carlos, dueño natural de las joyas de la Corona, quien, contraviniendo una costumbre secular de los reyes españoles, se las había regalado en propiedad a su esposa María Luisa tras un parto difícil. Una vez más el dócil monarca había sucumbido ante las presiones de la reina, cuando la tradición impuesta por Felipe II obligaba al monarca a entregarlas en el lecho de muerte al príncipe heredero.

Esos datos, que nadie conocía en la corte, salvo los reyes, su artífice Dugourc y el favorito Godoy, eran la llave que mantenía a buen recaudo las dos alhajas más valiosas de la realeza hispana y las más renombradas del mundo: una perla en forma de perilla y un diamante fastuoso. Hasta aquel momento constituía el secreto mejor guardado de Occidente: nadie sabía dónde eran custodiadas, ni las habían visto jamás en cofre alguno del Palacio Real. Las llamaban «el Perfume de las Princesas», pues cuando las lucían en algún acto atraían como imanes el interés de quienes las contemplaban deslumbrados por su magnificencia.

Con el reloj detenido, el capitán debía acoplar la combinación exacta para acceder a un cajetín oculto bajo el tablero, el cual, según Godoy, atesoraba los dos aderezos

por los que matarían banqueros, prestamistas, orfebres y reinas: la Peregrina, una fascinadora perla del tamaño de un huevo; y el Estanque azul, un diamante de dimensiones insólitas y de un azul puro, nítido, sin matices. Juntas valían más de treinta millones de reales de oro. Y en ese momento el capitán las tenía al alcance de la mano. «Una fortuna tentadora», pensó Figueroa.

El oficial de Corps, que permanecía rígido, situó en perfecta conjunción los seis nomon o radios del singular cronógrafo siguiendo los datos anotados en el billete. Las seis manecillas quedaron debidamente ubicadas según el nacimiento de la infanta. Durante unos desesperantes segundos, aguardó a que algún resorte escondido abriera el mueble, como le había asegurado don Manuel Godoy. Pero nada cedía y comenzó a intranquilizarse. Aquellos instantes le resultaron insoportables y a punto estuvo de golpear con ira el ingenio, pero permaneció inmóvil y, conteniendo la respiración, esperó.

De pronto se oyó un crujido sordo y seco. Un cajoncito, bajo el velador, se abrió deslizándose suavemente.

Figueroa introdujo su mano y palpó una cajita de delicado tacto. La cogió con pavor. ¿Sería un ardid que alertaría a la guardia y lo apresarían irremisiblemente? ¿Era una trampa para ladrones incautos? La abrió lentamente, con estremecimiento.

Se trataba de una caja china de carey con dragones y lotos estampados y un extraño dios pagano con el cuerpo cubierto de ojos sin párpados. «¿Quién será esta deidad tan espantosa?», se preguntó. El estuche contenía otras dos cajitas idénticas encajadas una dentro de la otra. En la de menor tamaño se ocultaba un envoltorio afelpado. Lo alzó y lo expuso al fulgor de las velas. Estaba encandilado. De repente las joyas se deslizaron de su envoltorio y un deslumbrante centelleo relampagueó ante sus ojos. Las lágrimas cristalinas de la araña colgante se llenaron de brillos y la sala se inundó de destellos. Después de culebrear

la perla y el diamante en la palma de su mano, Figueroa intentó sosegar los latidos de su corazón desbocado.

–Tengo el Perfume de las Princesas en mi mano –balbució, maravillado.

Había sucumbido ante la perfecta armonía y la deslumbrante belleza de las dos alhajas. Sus brillos irisados y la cascada inagotable de sus tonalidades variaban como en un calidoscopio.

La perla estaba rodeada por una cadeneta de ópalo lechoso que al contacto con la luz irradiaba la totalidad de los colores del arco iris. «Un tesoro que provocaría la envidia del mismísimo Napoleón, del zar de las Rusias, o del sultán mameluco de El Cairo –pensó–. Fascinante, perfecta». La perla de mayor valor de la Tierra poseía el grosor del pomo de una espada y la forma de una pera. Sin vetas ni imperfecciones, encastrada en una montura de oro pavonado, lucía una tonalidad de blanca niebla. La designaban la Peregrina, y también la Lágrima de Panamá, pues había sido el alguacil mayor de esa colonia americana, don Diego de Tebes, quien la había traído a Sevilla en 1580, después de buscar durante años un ejemplar único que lo hiciera rico, en las profundidades del golfo de Parí, en los corales de las Bermudas, en los arrecifes de Barbados, en las fabulosas Islas de las Perlas, en Port-au-Prince y en la remota Trinidad, donde los buceadores morían narcotizados por el mal de las simas abisales o atraídos por las traicioneras fosforescencias del Caribe.

Pesaba cincuenta y nueve quilates, según el escribano del Consejo de Indias, y le fue comprada por nueve mil ducados, para ofrendársela luego a Su Majestad el Rey Prudente, Felipe II. Su rutilante esplendor había resbalado por los escotes de las soberanas de España, hasta ser lucida por su última poseedora, la lasciva e intrigante María Luisa de Parma. «Cuánta lujuria, sexo e impudicia habrán sembrado la coquetería y astucia de las reinas con estos aderezos», pensó, examinándola.

Pero antes de proseguir debía verificar si era la auténtica. Don Manuel le había explicado cómo hacerlo. Colocó la perla oblicuamente respecto a las velas. Un signo muy peculiar, secreto y exclusivamente reconocible con cierta tonalidad luminosa surgió entonces entre la penumbra. Aquella extraordinaria perla contenía dentro de sí otras más pequeñas, en un fantástico laberinto que concluía con la imagen de una perla diminuta. Figueroa se quedó boquiabierto ante el espectáculo.

—Sorprendente. Qué belleza tan asombrosa... —murmuró, atónito, antojándosele tan hermosas como inalcanzables para él.

Dirigió después su mirada hacia el diamante, el Estanque azul, que, ajustado en un chatón cuadrado de plata, resplandecía en su transparente esplendor. Cuajado de diminutos brillantes, topacios, rubíes y zafiros, pertenecía a la leyenda de los tesoros de las grandes cortes europeas. El verde oliva del crisoberilo se volvió cobrizo al contacto con la luz y los pequeños zafiros adquirieron una tonalidad anaranjada y violeta que magnetizaba. Procedente de las minas de Bihar, en la India, había sido adquirido por Felipe II, en Flandes, al mercader Carlo Affettato. Exhibido por vez primera por la reina Isabel Clara Eugenia el día de su entrada triunfal en Toledo, con el correr de los años había subyugado a las mesalinas coronadas de los Austrias y los Borbones.

El capitán Aníbal Figueroa, rendido ante tan selecta exquisitez y los centelleantes destellos de colores que desprendían las joyas, creía vivir un ensueño. Por un momento extravió la noción del tiempo. Las deslizaba delicadamente entre sus manos, una y otra vez, hasta que las depositó en una bolsita de terciopelo *frappé* que ocultó en el bolsillo interior de la casaca. A continuación sacó de su chaleco dos joyas asombrosamente análogas a las que había sustraído. Solo un joyero o un tasador muy experto habrían podido diferenciarlas de las auténticas. Sin embargo, jun-

tas apenas si valían tres mil reales. Habían sido talladas por un orfebre de la plaza Mayor de Madrid. Engastadas a semejanza de las auténticas, la falsa Peregrina era una perla de las llamadas de cultivo de Haití, de escaso valor pero de intenso color de oriente; y el supuesto diamante no era sino un vulgar cristal de Sudán de mínima tasación pero de apariencia refulgente. La insidiosa María Luisa las había usado en más de un baile o recepción, dispersando fascinación a su alrededor, y nadie se había percatado del engaño. Figueroa sustituyó con calma las auténticas por las imitaciones y volvió a colocar las seis manecillas del reloj donde correspondía, según la hora exacta, que miró en su reloj de bolsillo. Enrolló de nuevo la espiral y le dio cuerda. El ritmo del tictac volvió a adueñarse de la atmósfera cálida de la Sala Amarilla.

Cerró con el llavín la cámara privada, pero por seguridad permaneció unos segundos inmóvil junto a la puerta. Luego se escabulló con diligencia por los desiertos corredores con el propósito de alcanzar la Armería y desaparecer por el Campo del Moro, como tenía previsto. Pero cuál no sería su sorpresa cuando oyó las voces airadas de los partidarios del príncipe Fernando: habían tomado el palacio, recorrían sus estancias y pasillos y, para su disgusto, al parecer habían alcanzado la cercana Sala de Alabarderos. El oficial se detuvo. «Si me descubren, soy hombre muerto y la misión se irá al diablo. ¡Por todas las Furias!», protestó para sus adentros.

«¡Muerte al perro Choricero^[2] y a sus secuaces!», gritaban unos.

«¡España por Fernando VII!», respondían otros.

Figueroa decidió cambiar de rumbo y se movió sigiloso de salón en salón, como un ladrón en la noche. Penetró en la Sala Gasparini, donde los reyes solían cenar, y sintió cierto temor ante los colosales cuadros de *La Rendición de Breda*, *La fragua de Vulcano*, y el retrato del hierático Felipe IV, que con su mirada vacua parecía reprenderlo.

Luego se escurrió hasta la Sala de Música, donde don Carlos solía mortificar a sus invitados haciendo chirriar los Stradivarius que la embellecían.

—Debo variar el camino de huida —musitó—. Saldré por la Real Farmacia.

Las dudas lo atormentaban, y con los nervios optó por la peor de las posibilidades. A pesar de conocer la residencia regia como su propia casa, aquella noche se sentía acobardado por la presencia de los exaltados partidarios del sublevado Príncipe de Asturias, que se había proclamado rey. Se dijo que la cromática monumentalidad de las estancias, cubiertas de sombras, lo ayudaría a escapar. Aún no había salido el sol y los flameros dividían las estancias en dos ambientes: el iluminado por su limitada claridad y el sumido en la oscuridad más absoluta. Y en esta última se refugió. Según las órdenes recibidas, si era descubierto, o si sospechaba que lo seguían, debía sembrar la confusión y ocultar las pedrerías en un lugar seguro de palacio.

Pero ya era demasiado tarde.

De súbito se detuvo y entrecerró los ojos en la opacidad de la penumbra. No estaba solo. Notaba una respiración entrecortada en su nuca. El vuelo de un hábito o de un vestido femenino arañaba el suelo. Alarmado, se volvió muy despacio, con la mano en la pistola cebada. Sus expectativas podían irse al traste con una indeseada aparición. Su expresión, habitualmente recia y marcial, se descompuso. En medio de la densa oscuridad flotaba un rostro anónimo.

Quiso huir, pero la alarmante presencia lo dejó petrificado.

La imagen de porcelana

—¿Quién va? —retumbó una voz hosca a sus espaldas.

El desconocido que había surgido de la oscuridad poseía ojos de batracio y destacaba por la palidez de su figura. Detectó que era un clérigo, pero solo podía distinguir su pelo desgreñado y sus hombros caídos. Al colocarse frente a una lámpara, Figueroa reconoció el semblante afeminado y la mirada ladina del confesor del príncipe rebelde, fray Cirilo, quien se agarraba con las dos manos a su hábito de tafetán morado y lo miraba con expresión de sorpresa y recelo.

—¿No me conocéis, padre? —balbució el soldado.

Mezcla de confusión y alarma, el sacerdote lo escrutó inquisitoriamente y cabeceó. Abandonó la rigidez de sus gestos y, evitando mirarle a los ojos, esbozó un gesto de asentimiento. Sabía quién era, y su imprevista aparición lo contrarió. Figueroa pasaba por ser un soldado disciplinado, capitán de la Guardia de Corps, pero también uno de los secretarios del detestable Godoy, ahora preso. A Figueroa nunca le había gustado aquel capellán, demasiado embarullador y despreciativo en el trato con el rey Carlos, un monarca bobalicón y bondadoso, incapaz de matar a una mosca y menos aún de gobernar un imperio.

—¡Capitán Figueroa! —exclamó el fraile alzando sus pobladas cejas—. No os había reconocido sin uniforme —explicó con su sonrisa viscosa—. Habéis escogido un mal momento para deambular por esta real casa. Sois el ayudante de Godoy, que a estas horas se halla encarcelado en el castillo de Villaviciosa por imposición de don Fernando VII, nuevo soberano de las Españas. Después de caer